



ROSAURA LA DE TRUJILLO.

Relacion de un caso lastimoso que sucedió á una incauta doncella llamada Rosaura, natural de la ciudad de Trujillo.

Sobre una alfombra de flores
cercada de hermosas plantas
adonde las avecillas
tienden sus pintadas alas,
y con sus trinos alegres
al Rey del cielo dan gracias;
en aqueste prado ameno,
en este eden de fragancias,
en este sitio que encubre
tantas aflictivas causas,
de las que una os contaré
si el cielo me da su gracia.
y porque sepais su nombre
será preciso nombrarla.
En la gran Sierra-Morena,
de tantos delitos capa,

amparo de aquel que ofende,
defensa del que mal anda,
me puse sentado un dia
cansado de andar de caza,
arrimado á un duro tronco
discurriendo en cosas varias,
quejoso de la fortuna
que con rigor me maltrata,
oí una voz lastimosa
que sonaba en la montaña
á orillas de un arroyuelo
que con las breñas se enlaza.
Estuve atento por ver
si era de persona humana,
y percibí que decia
estas sentidas palabras:

«Tirano amor, pues tú has sido
la causa de mi desgracia,
dispara tus duras flechas
contra el que así me maltrata.
Amante falso y traidor,
¿cómo me dejas sin causa,
en tan terrible abandono
y de la muerte cercana.
Sacra Virgen del Rosario,
mi patrona y abogada,
alcanzadme que confiese
porque no peligre el alma.»
Puse carga á mi escopeta
bien prevenida de balas,
por el eco de la voz
llegué á parar donde estaba
una juvenil belleza
á un duro tronco amarrada,
desmelenado el cabello
y de ropas despojada.
Cuando ví tal hermosura
quedé sin hablar palabra;
viéndome ella suspenso
de aquesta suerte me habla:
llega, mancebo, y no temas,
pues soy una desgraciada,
y mis pecados me tienen
en el sitio en que me hallas;
desátame y te diré
mis penas, fatigas y ansias,
y tambien los alevosos
que son de mi mal la causa.
Compadecido en extremo,
mi fuerte cuchillo saco,
rompo los gruesos cordeles
que á aquel ángel sujetaban;
me quité al punto el gaban
y encima se le arrojaba,
cubriendo sus blancas carnes,
que con el sol se comparan.
Mirando á un lado y á otro,
ví que estaba en unas matas
la ropa misma que fué
de aquella desgracia causa.
Ella suspira y solloza

pidiendo al cielo venganza:
y mirándola, la dije:
por Dios, hermosa Diana,
os suplico por la Virgen,
que me digais lo que pasa;
y agradecida responde
con las siguientes palabras:
«Habeis de saber, buen joven,
que en Trujillo fui criada,
hija soy de un caballero
que don Diego se llama
de Castro, por apellido,
que es de lo ilustre de España:
mi madre, doña Isabel
de Mendoza, es su prosapia,
y por gusto de padrinos
á mí me llaman Rosaura,
tan amada en mis principios
como ahora desgraciada.
Vivia pared en medio
mas abajo de mi casa,
un hijo de un labrador
de hacienda algo moderada,
mozo galan y valiente,
discreto y de linda traza,
que se llevó mi aficion
y me amaba con ansia:
mas como las cualidades
del uno al otro no igualan,
tuvo lugar una noche
para escribirle una carta
dándole á entender por ella
que me saque de mi casa
con sigiloso secreto
y con cautelosa maña:
mas el alevoso amante
á un primo suyo le daba
cuenta, que traidor é infame
fué causa de mi desgracia.
A los catorce de abril
me sacaron de mi casa,
bien prevenida de joyas
y de muy costosas galas,
como abí presente veis,
que ellas mismas lo declaran»

Cinco dias caminamos
marchando á largas jornadas,
hasta llegar á este sitio
encubridor de mi infamia:
aquí los dos desmontaron
con intencion depravada,
dara marchitar la flor
que de algunos fué envidiada:
ambos mancillan mi honor...
¡Jesus, qué suma desgracial
sin temer la justa ira
del Señor que nos miraba.
Luego el alevoso primo
hizo que me desnudara:
luego que en carnes me viera
entrabas manos me ata,
y sacando una pistola
el fuerte muelle levanta
para quitarme la vida,
mas mi amante lo estorbaba
diciendo: no quiera el cielo
que, pues yo he sido la causa
de que esta doncella pierda
su honor, se cometa otra infamia:
aquí la pienso dejar
entre estas espesas matas,
espuesta á las muchas fieras
que por estas breñas pasan,
y ellas le darán la muerte
mal merecida y sin causa.
Se fueron y me dejaron
como la flor en la escarcha:
tres dias há que no como
cosa que me de sustancia,
sino las amargas yerbas
que con la boca alcanzaba.
Esta es mi historia, y te pido
te duelas de mi desgracia
y en tu compañía me lleves
á la ciudad mas cercana,
porque desde allí pretendo
el castigo de esta infamia.»
De la mano la tomé,
y á una quinta la llevata
donde la dí de comer

de lo que allí se encontraba:
luego despues la ofrecí
con mano leal y franca
mi proteccion y el caballo
que mas que el viento volaba
y el valor de mi persona
para ir en su compañía.
Dispusimos el viaje,
á Córdoba caminamos,
y á la puerta del Rosario,
(donde resolví dejarla),
la eché los brazos al cuello
y de esta suerte le hablaba:
adios, jóven quiera el cielo
que sea tu dicha tanta,
que logres tu buen deseo
y despues la gloria santa.
Ella respondió: mancebo
noble, la Virgen te valga,
y tu leal accion premie
el alto Rey de la gracia.
Sentóse en el duro suelo
aquella jóven incauta,
aguardando por momentos
la aurora de la mañana,
para emprender animosa
el intento que llevaba.
Fué á casa de don Francisco
de los Rios, noble rama,
y á un criado le pregunta
si está su señor en casa,
y al punto le respondió:
su merced está en la cama.
Sin aguardar mas razones
hácia dentro se entraba,
y arrimada junto al lecho
de aquesta suerte le habla:
¿Conocereis, señor mio,
á la que disteis el agua
del bautismo allá en Trujillo
y le pusisteis Rosaura?
Habeis de saber soy yo
la que nunca se criara,
pues fui la mujer mas frágil
que se ha visto en toda España.

Por fiarme del amor
perdido mi honor se halla:
mirad bien mi tierna edad
que de quince años no pasa,
no mireis el mal sarmiento
sino el árbol donde baja,
que si lo considerais
cierto tomaris venganza.
Dos viles me han seducido
sacándome de mi casa,
y han mancillado mi honor
en Sierra-Morena... basta.
Oyendo esto don Francisco,
de la cama se levanta,
y al punto manda á un criado
que un caballo le ensillara,
y antes de partir dispuso
el dejarla con su hermana
recogida en un convento
que de Santa Isabel llaman.
Camina para Trujillo
con un criado en compañía;
pretende entrar en secreto
porque no se sepa nada.
Fuese á casa de don Diego;
afable le saludaba,
y en seguida le pregunta
por su querida Rosaura.
Le respondió entristecido,
don Diego, estas palabras:
hará unos ocho días
que se ausentó de mi casa,
sin poder hallar persona
que me diga dónde para
la que de mi casa era espejo
donde todos se miraban.
En seguida don Francisco
sacó del pecho una carta
y se la dió á don Diego
que al instante la tomaba,
mirando el sobre-escrito

de puro gozo lloraba,
porque conoció la letra
de su querida Rosaura;
pero dentro iba el pesar,
que es cosa muy ordinaria
no haber placer sin disgusto
en aquesta vida humana.
Abrióla, y viendo en ella
los autores de la infamia,
al señor corregidor
del caso cuenta le daba.
Al instante los prendieron,
y sustanciada la causa,
el juez con recta justicia
á muerte los condenaba.
Los meten en la capilla
y llorando al Cielo claman
pidiendo misericordia
á la Virgen Soberana.
Los sacaron de la cárcel
pregonando por las plazas
diciendo: esta es la justicia
que por las leyes se manda
ejecutar con los reos
por su delincuente infamia.
Llegados en el suplicio
con humildad resignada,
subiéronlos á lo alto;
ellos con mortales ansias,
antes de acabar el Credo
á Dios entregan sus almas,
y despues en los caminos
sus cabezas son fijadas,
para ejemplo de atевidos
y escarmiento de malvados.
Luego el noble don Francisco
dió vuelta para su casa,
y Rosaura en un convento
muy ejemplar vida pasa.
Y aqui dar fin los sucesos
de la infelice Rosaura.